

lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

ÍNDICE

- Marchais al lado de la URSS :
los motivos de una alternativa
- El doble rol del ejército ruso en Afganistán
- ¿Rodesia-Zimbabwe al momento de qué
independencia ?

**mensual
trotskista**

editado por

**lutte
ouvrière**

Febrero 1980

No

71

Precio : 5 FF

Leed la prensa revolucionaria

**Lutte
Ouvrière**

**THE
SPARK**

**COMBAT
OUVRIER**

Hebdomadaire communiste révolutionnaire (trotskyste)



**le pouvoir
aux
travailleurs**
mensuel trotskyste

FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 140 FF (\$ 33)

Otros países 170 FF (\$ 40)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE PB 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista norteamericano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Seis meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

*Para el extranjero, pagar de preferencia
por giro postal internacional*

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT MI 48231 USA

ANTILLAS

Semanario trotskista antillés

Suscripción : FRANCIA

Un año 100 FF

Seis meses 50 FF

Pagos a :

Jocelyn Bibrac-CCP 32566 71 La Source

Correspondencia Antillas :

Gérard Beaujour

BP 214-97110 Pointe-à-Pitre-Guadeloupe

Correspondencia Francia :

Combat Ouvrier-BP 145 75023 Paris

ÁFRICA

**Mensual trotskista de idioma francés,
editado por UATCI (Unión Africana de
Trabajadores Comunistas e Internacio-
nalistas).**

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año . FF 36 (\$ 7,5)

enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier

BP 145 75023 Paris Cedex

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs»

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

**Página 2 Marchais al lado de la URSS :
los motivos de una alternativa**

**Página 8 El doble rol del ejército ruso en
Afganistán**

**Página 14 ¿Rodesia-Zimbabwe al momento de
qué independencia ?**

MARCHAIS AL LADO DE LA URSS : LOS MOTIVOS DE UNA ALTERNATIVA

Georges Marchais, secretario general del Partido Comunista Francés, dió el 11 de enero, desde Moscú, una entrevista clamorosa a la televisión francesa. En esta entrevista, defendía incondicionalmente la intervención de las tropas soviéticas en Afganistán. Esta posición, el secretario general del PCF la repitió en varias ocasiones en los días que siguieron en diferentes cadenas de radio y televisión. Se pudo notar además que las cadenas de radio y televisión, daban abundantemente la palabra al secretario del PCF de manera totalmente inhabitual. Como si, en esta ocasión, el gobierno (en Francia las cadenas de televisión, directamente, y las cadenas de radio, directamente o indirectamente, dependen del gobierno) quisiera ayudar al PCF a poner en evidencia que se ajustaba completamente a Moscú.

Sobre el fondo, lo que dijo Marchais en la televisión el 11 de enero, aprobando la intervención de la URSS en Afganistán, no podía sorprender. En efecto, desde esa intervención, a pesar de unas reservas iniciales, *L'Humanité* había apoyado la política de Brejnev, y Marchais sólo siguió en esta actitud. Pero el no contentarse con el tradicional comunicado común, el aceptar la oferta de la primera cadena de televisión de una

entrevista de tres cuartos de hora desde Moscú, el defender ahí sin restricción alguna la presencia de los carros de combate en Afganistán —y ello con el estilo de Marchais cuando quiere mostrarse agresivo— sólo podía dar un estrépito muy particular al alineamiento del PCF sobre la política de la URSS.

El carácter espectacular dado a la aprobación por parte del Partido Comunista Francés de la intervención rusa en Afganistán, no podía por lo demás, ni atribuirse solamente al carácter de Georges Marchais (que además estaba acompañado de una delegación representativa de otros cuatro dirigentes del PCF), ni al azar. Al contrario, al intervenir al término de cinco días de entrevistas entre responsables del PCF y dirigentes rusos, las declaraciones de Marchais a la televisión aparecían como la conclusión de esas conversaciones. Pero, ¿porqué una toma de posición tan estrepitosa, incluso tan provocante ?

Si se buscan los motivos desde el punto de vista de la política interior francesa, no hay uno que sea satisfactorio.

En efecto, las declaraciones de Marchais, en el marco en que han sido hechas, sólo podían por un lado, dar armas a los adversarios de derecha y

socialdemócratas del PCF, contentísimos de tener una nueva ocasión de denunciar en éste el «partido del extranjero», y por otro lado incrementar el descontento de la mayoría del electorado de izquierda, que ya consideraba al Partido Comunista como el responsable del fracaso de la Unión de la izquierda en las elecciones legislativas de marzo de 1978. Por supuesto, es hipócrita por parte de *L'Humanité*, diario del PCF, denunciar cada día lo que ella llama una *campaña anticomunista de rara violencia* consecutiva a la entrevista de televisión de Marchais, pero es evidente que esta entrevista no ha contribuido a realzar la imagen del Partido Comunista Francés, tanto para los trabajadores, cuyos sufragios persigue, como para la burguesía de la que desea que un día le permita administrar sus asuntos en el gobierno.

Claro, el curso de alineamiento sobre la URSS que sigue hoy el Partido Comunista no desagrada a todos sus militantes. Buena parte de aquellos que vinieron al partido durante la decenia 1968-1978, atraídos por un partido que tomaba demostrativamente unas distancias con Moscú, tendrán quizás alguna dificultad para adaptarse. Pero buen número de militantes más antiguos, que conocieron el Partido Comunista de la guerra fría, y del que sienten nostalgia, o los jóvenes militantes combativos, para quienes un partido aislado, atacado por todos lados, pero que afirma altamente su identidad y sus vínculos con la URSS, no les desagrada, se sentirán sin duda mucho más a sus anchas en un Partido Comunista que reanuda con sus antiguas tradiciones de aprobación incondicional a la URSS.

Es evidente que los dirigentes del PCF especulan con esos reflejos de los militantes comunistas, que

permiten, ante una situación difícil, estrechar los vínculos del partido. Además, la política más radical que el PCF lleva a cabo desde hace algunos meses en las empresas tiene también como objetivo el estrechamiento de las filas de su fracción militante, para conservar o ganar a los trabajadores más combativos.

Pero para apoyarse en los sentimientos prosoviéticos de los militantes del Partido Comunista Francés, no eran en absoluto necesarias las declaraciones estrepitosas de Marchais. El comunicado común de las delegaciones rusa y francesa, y unos artículos en *L'Humanité* hubieran bastado para militantes acostumbrados a leer entre líneas para comprender la política de su partido. Y ello no hubiera tenido para el PCF las mismas consecuencias negativas que las declaraciones provocantes de su secretario general.

Entonces, si en la política interior francesa nada basta para explicar de forma satisfactoria esta espectacular manifestación de fidelidad a la URSS, cabe buscar los motivos de ello en las relaciones materiales existentes entre el Partido Comunista Francés y la URSS. Pues es evidente que para Brejnev, la espectacular aprobación de Marchais sólo tenía ventajas.

En efecto, no se puede discutir de la política del PCF, sin tener en cuenta ese tipo de relaciones con Moscú, que desempeñaron además un papel considerable en el avasallamiento de los diferentes partidos comunistas a los intereses de la burocracia parasitaria que despojó al proletariado ruso de todo poder en los años 1920.

El estalinismo, en los partidos comunistas exteriores a la URSS, no se apoyó solamente sobre la abnegación de militantes obreros engañados, que identificaban injustamente la URSS de Stalin (más tarde de Kruchev y de Brejnev) al socialismo.

También se ha apoyado sobre aparatos asalariados, estipendiados, especializados en la defensa de la política de la burocracia soviética, en la justificación de todos sus virajes y abandonos y de todos sus crímenes.

Es la prensa de derecha (¡en mala postura sin embargo para denunciar la intrusión del oro en la política !) la que inventó la expresión «el oro de Moscú». Y contrariamente a lo que pretende la derecha, ese «oro» no ha servido para que vivan los revolucionarios, para «fomentar» o apoyar luchas obreras. Pero la ayuda financiera de la URSS (pues en el sentido literal del término, el «oro» sin duda sólo es una imagen) ha servido al contrario para corromper a militantes obreros, para desarrollar aparatos que lejos de ser instrumentos de lucha para la clase obrera, son otros tantos obstáculos que ésta encuentra en su camino cuando inicia una lucha de envergadura contra la burguesía.

Los medios financieros del Estado soviético han desempeñado un papel considerable en la domesticación por la burocracia de las diferentes secciones de la Internacional Comunista. Y medio siglo después, esos vínculos de dependencia no han desaparecido. Incluso si la URSS no financia pura y simplemente los diferentes partidos comunistas mediante subvenciones directas (lo que ni siquiera es seguro), tiene numerosos medios más o menos indirectos para ayudar la tesorería de los Partidos Comunistas. Algunos de esos medios están más o menos relacionados con las actividades políticas de esos partidos, como la venta de libros impresos en la URSS, o la compra por ésta de un gran número de ejemplares de periódicos editados por un «partido hermano» (se tuvo un ejemplo —negativo— de ese tipo de práctica, cuando el PCF se vió

obligado a suspender su semanario literario, *Les Lettres Françaises*, cuando la URSS descontenta de ver criticada su política en Checoslovaquia, le retiró ese tipo de ayuda). Otros medios de ayuda financiera son claramente extra-políticos, como el de la Banca Comercial para Europa del Norte, vinculada al PCF como es de notoriedad pública, y mediante la cual la URSS efectúa algunas de sus transacciones con Francia.

Para aquellos partidos estalinistas que, como el Partido Comunista Francés, han ganado con el tiempo una influencia de masa, y se han integrado más o menos a la vida política de su país, otros recursos se han venido añadiendo a los que provenían de la ayuda de la burocracia soviética : los recursos conseguidos más o menos complacientemente de su burguesía nacional, y que comparten en común con la socialdemocracia y los distintos aparatos sindicales.

Como la socialdemocracia, el PCF obtiene sus recursos de su presencia en las diferentes instituciones parlamentarias de la burguesía francesa (ayuntamientos, Consejos generales departamentales, Consejos regionales, Asamblea nacional, Senado, Parlamento europeo). Al igual que la socialdemocracia, también beneficia de toda la legislación que oficializa la colaboración entre las grandes centrales sindicales y el Estado (comités de empresa, gestión de cajas de paro, representación sindical en los consejos de administración de numerosas empresas nacionalizadas, en los organismos del plan económico, en el Consejo económico y social, en el Consejo superior de las convenciones colectivas, etc.).

En total, esto permite al Partido Comunista Francés de disponer de un aparato de varios miles de funcionarios directos (los permanentes del

partido) o indirectos (los asalariados de sus periódicos, de sus diferentes editoriales, de sus imprentas y otras empresas), de funcionarios directos o indirectos de la central sindical que controla (la CGT), y de empleados de las municipalidades que dirige.

Naturalmente, la fuerza militante del PCF no se resume a este aparato más o menos directamente asalariado. El PCF no sería nada sin la abnegación gratuita de millares y millares de trabajadores, dispuestos a dar su tiempo, sus fuerzas y dinero para defender la política de su partido. Pero es la existencia de ese aparato la que permite a la dirección del Partido Comunista controlar toda esa abnegación, e imponer su política en caso de contestación o malestar de una parte más o menos importante de la base.

La gran mayoría de esos cargos no constituyen, claro, verdaderos puentes de oro (aunque los haya que constituyen verdaderas sinecuras). Pero, incluso si la mayoría de los miembros de ese aparato no obtienen generalmente situaciones superiores a las que podrían obtener de otra forma (a veces es lo contrario), lo importante no es eso. Lo importante es que para toda esa gente, la situación depende de su partido, y también en consecuencia de la buena gracia de la dirección de ese partido.

Ese aparato de militantes propensos a la docilidad y a la aprobación de todos los virajes políticos porque su modo de existencia depende de su partido es, para la dirección del PCF, un instrumento que le permite asegurar su control y su dominio sobre el conjunto del partido. Claro, con respecto al conjunto de los adherentes, es sin ninguna duda extremadamente minoritario. Pero ese aparato es importante, con respecto a la fracción de militantes activos, y determinante

entre los militantes que ejercen unas responsabilidades.

Los recursos que permiten al PCF entretener este aparato y sus anexos son pues muy diversos. Algunos provienen de la actividad militante (por ejemplo las cotizaciones de miembros), otros de la influencia electoral del partido (por ejemplo, las indemnidades parlamentarias de sus diputados), otros por fin de las ventajas obtenidas por el PCF de los vínculos que le unen a la burocracia rusa.

Es evidente que a medida que los recursos «nacionales» del PCF se han amplificado, que su peso en la vida política y en el movimiento sindical se ha desarrollado, las ventajas que obtenía de sus relaciones con la burocracia soviética perdían su valor relativo. Y que la dirección del PCF podía verse tentada de relajar sus vínculos con Moscú (incluso si ello podía suscitar medidas de represalia por parte de la burocracia soviética, en el plano financiero), si ello le parecía necesario para convencer a la burguesía francesa de que en el gobierno haría pasar los intereses de los poseedores franceses antes que los de la burocracia soviética.

Ha sido el caso en particular durante los años que precedieron las elecciones legislativas de 1978, cuando el PCF esperaba poder participar al gobierno a más o menos largo plazo.

El PCF había criticado en 1968 la invasión de Checoslovaquia por el ejército ruso. Igualmente en los años siguientes quiso desmarcarse de la URSS en numerosas ocasiones, asociándose a protestas contra la represión de los opositores rusos. Se vió incluso a un representante oficial del PCF, Pierre Juquin, estrechar públicamente la mano a Leonid Pliuch. En esa época, las declaraciones de Juquin, afirmando que el PCF no podía aceptar la represión en la URSS y

en Checoslovaquia, le valieron las amonestaciones de la agencia Tass, criticando la participación del PCF a una «*sucia iniciativa*», una «*tentativa de levantar una nueva ola de propaganda hostil a la Unión Soviética*».

También, cuando tuvo lugar en junio de 1976, tras muchas maniobras dilatorias de los partidos comunistas italiano, español y francés, una conferencia que reunía en Berlín a los diferentes PPCC europeos y a los dirigentes soviéticos, Marchais evitó el encuentro con Brejnev no asistiendo a ella. Un año más tarde, cuando en junio de 1977 Brejnev vino a Francia, ningún encuentro entre él y el secretario general del PCF tuvo lugar.

Naturalmente, el PCF no llegó nunca a la ruptura completa con Moscú. Criticaba «errores», pero no puso nunca en duda el carácter «globalmente positivo» de la política de Stalin y de sus sucesores. Ni siquiera se desmarcó tan netamente de algunos aspectos de la política de la URSS como sus dos otros compadres en materia de «eurocomunismo», el Partido Comunista de España y el Partido Comunista de Italia. Pero no es menos cierto que hasta la primavera de 1978, los dirigentes del PCF, que se veían cada vez más acercándose a ser de nuevo, al cabo de treinta años, el «partido de gobierno» que nunca hubieran querido dejar de ser, tomaron una actitud cada vez más distante con respecto a Moscú.

No solamente las elecciones legislativas no confirmaron esta esperanza, sino que además el fracaso de la izquierda, al sobrevenir tras meses de disputas PC-PS, señaló el comienzo de un retroceso para los partidos de izquierda y los sindicatos. Pese a los comunicados de victoria diarios que publica *L'Humanité*, que no para de proclamar que el PCF progresa y que sus efectivos aumentan cada día, todos los hechos prueban que, al

contrario, el Partido Comunista debe asumir hoy la pérdida de cierto número de lectores de su prensa, y es probable que ello se acompañe de una disminución del número de sus adherentes, y en consecuencia del de sus cotizantes, y de un retroceso de sus energías militantes.

¿Cuál es hoy la amplitud de ese retroceso? Sólo los dirigentes del PCF pueden saberlo, si no se auto-intoxican a fuerza de comunicados de victoria. ¿Qué nivel alcanzará mañana? Nadie puede predecirlo. Pero lo que es seguro, es que el PCF debe prepararse a unos meses difíciles.

La perspectiva de las elecciones presidenciales de 1981 no es efectivamente una perspectiva para él. Al sacar las conclusiones de su política de 1974 (donde su apoyo a Mitterrand desde el primer turno había beneficiado después en el plano electoral al PS en su detrimento), el Partido Comunista parece decidido esta vez a presentar su propio candidato contra el del Partido Socialista, y ello muy evidentemente sin ninguna posibilidad de éxito final. Con toda seguridad pues toma el riesgo de discontentar a una buena parte del público de izquierda, que ya le considera como el responsable del fracaso de la Unión de la izquierda en marzo de 1978, y que le reprochará tomar el riesgo de hacer fracasar de nuevo a la izquierda. Arriesga también eventualmente obtener un peor resultado frente al candidato socialista.

Es improbable pues que el PCF aumente su influencia, su auditorio, y los recursos financieros que resultan de ello, en el período por venir.

Ahora bien, una disminución de sus adherentes o de sus apoyos militantes, una disminución de los lectores de su prensa, una pérdida de influencia del aparato sindical que

controla, —pero al que no se identifica— todo ello puede obligar al PCF a que reduzca mañana el número de sus permanentes y de sus asalariados (lo que no se pasaría sin problemas, como ha podido verse con los licenciamientos que afectaron recientemente a una de sus editoriales). Sin contar que la perspectiva de la victoria electoral de la izquierda (que parecía asegurada en 1977) quizás le haya llevado a efectuar inversiones arriesgadas (en todo caso, se vió obligado a la mañana siguiente a las elecciones de 1978 a suspender el semanario de la Federación de París, *Paris-Hebdo*, y su diario lionés, *Le point du jour* lanzados poco tiempo antes).

Es por ello que los recursos que el PCF puede obtener de sus relaciones con la burocracia soviética tienen para él mucha más importancia hoy que hace dos años. Si no existe ninguna fuente de información sobre lo que hayan podido decirse los dirigentes del Partido Comunista Francés y los dirigentes rusos en el transcurso de su encuentro de Moscú, es verosímil que la ayuda que los dirigentes rusos

podrían proporcionar, de una forma u otra, al «partido hermano» francés, ha sido un punto esencial de las negociaciones. Promesas substanciales de Brejnev en ese dominio, como contrapartida a un apoyo sin fallo del Partido Comunista Francés a la política de la URSS en Afganistán, constituyen en todo caso la explicación más verosímil de las declaraciones de Marchais en la primera cadena de la televisión.

Puede parecer difícil creerlo, por lo chocante que puede aparecer el que los dirigentes de un partido que se proclama el de la clase obrera determinen su política, con desprecio de los verdaderos intereses de los trabajadores, en función de los recursos que puedan otorgarles los dirigentes rusos. Pero no hay que olvidar que no es algo nuevo, y que desde hace más de cincuenta años, toda la política de los dirigentes del Partido Comunista Francés depende de los intereses de la burocracia soviética, cuando no es de los de la burguesía francesa, lo que no es mucho mejor.

EL DOBLE ROL DEL EJÉRCITO RUSO EN AFGANISTÁN

¿Por qué la URSS intervino militarmente en Afganistán? Si vale plantearse el problema, es porque su intervención le ocasiona un cierto número de inconvenientes e incluso, a primera vista, riesgos.

Claro se puede pensar que a Brejnev no le importan las amenazas de boicoteo de los próximos Juegos Olímpicos de Moscú. Incluso la desaprobación por la gran mayoría de la asamblea de la ONU no debe de inquietar mucho a los dirigentes rusos que conocen perfectamente el carácter simbólico y lo poco de valor de tales desaprobaciones que sólo están seguidas de efecto cuando los USA, o la URSS, o ambos, lo deciden.

Sin embargo también hay, lo que sin duda molesta más, la decisión norteamericana de suspender las entregas de trigo que la URSS necesita. Y el riesgo de tener que hacer fente en Afganistán a una guerrilla prolongada que inmovilizaría a una parte del ejército ruso. Y sobre todo, había, pudo pensarse a priori, el riesgo de desencadenar una respuesta de los USA y, así, de llevar a un afrontamiento militar directo entre los dos grandes.

Para no hacer caso de estas amenazas, los dirigentes rusos debían estimar que tenían aquí un enjuogo que valía ampliamente los seguros disgustos o los posibles

riesgos. O bien tenían que estar convencidos de que estos disgustos o estos riesgos no eran tan grandes como parecían.

PARA MANTENER LA INFLUENCIA RUSA

¿Cuál era pues el enjuogo para la burocracia rusa?

En realidad, es en abril de 1978 cuando un golpe de Estado militar, al derrocar al gobierno del príncipe Daud (que él mismo había en 1973 expulsado al rey Zaher Sha apoyándose sobre el ejército) había llevado al poder a los dirigentes del partido pro-ruso, el Partido Democrático del Pueblo Afgán.

Creado en 1965, por la fusión del «Parcham» (La Bandera) y del «Khalq» (El Pueblo) —el primero dirigido por Karmal y el segundo por Taraki y Amin— el PDP había estallado en 1973, y se había vuelto a constituir en agosto de 1977. Al poder, las disputas internas, más ligadas, parece ser, a rivalidades personales y de clanos que a divergencias políticas, dividían de nuevo a los dirigentes.

A partir del mes de julio de 1978 se apartaba del gobierno a Karmal, que ocupaba anteriormente los cargos de vice-presidente del Consejo revolucionario y de vice-primer ministro, y se le nombraba embaja-

dor en Praga, al mismo tiempo que la mayoría de los demás miembros del «Parcham» que se veían, ellos también, «elevados» a la cabeza de misiones diplomáticas alejadas.

Sin embargo, las disputas internas al PDP y al gobierno no iban a parar por eso. En septiembre de 1979, Amin, que había ocupado las funciones de vice-primer ministro, de ministro de los Asuntos Exteriores, y luego de jefe del gobierno bajo la presidencia de Taraki, hacía asesinar a éste que, además, se preparaba, parece ser, a deshacerse de él.

Este nuevo golpe de Estado se había hecho, parece ser, sin que los dirigentes rusos estuvieran al tanto, e incluso contra su voluntad. No por eso dejaron de apoyar al régimen, y Amin de solicitar su ayuda.

Pero ya antes de la llegada al poder de Amin, el régimen parecía haber perdido el apoyo de una parte del ejército. A partir de agosto de 1978, el general Abdul Kader, que había sido uno de los dirigentes del golpe de Estado de abril de 1978 (entonces sólo era teniente coronel), había intentado —sin éxito— derrocar al gobierno Taraki-Amin. El nuevo gobierno de Amin no ha contribuido verdaderamente en frenar este proceso, sino todo lo contrario.

En efecto, las luchas de clanos al interior del gobierno continuaban cada vez más, a tal punto que, según Daniel Vernet (*Le Monde* del 16 de enero de 1980), «cada martes, los observadores se preguntaban qué dirigente no saldría vivo del Consejo de ministros, donde los problemas se solucionaban a tiros». En estas condiciones, es probable que el crédito del régimen sólo iba aumentando en el seno del ejército. En éste, ya debilitado por las epuraciones consecutivas a las disputas de los clanos rivales, las deserciones, atestiguando de la profunda

desmoralización que le minaba, iban a multiplicarse. En un año, de 30 000 a 50 000 hombres, sobre un efectivo total de 100 000, habrían desertado de esta manera.

Ahora bien, al mismo tiempo se desarrollaban movimientos de guerrilla animados por sentimientos anti-rusos y reclamándose del Islam. Es difícil saber además la parte que le toca en el debilitamiento del ejército al pudrimiento interno del régimen y a las luchas de clanos al interior de éste, y la que le toca al desarrollo y a los éxitos de las guerrillas. Pero es posible que una gran parte del ejército afgán no se haya sentido la gana de luchar contra personas que se proclamaban anti-rusas y se reclamaban del Islam.

Cuando en abril de 1979 por ejemplo, la ciudad de Herat, una de las principales ciudades del país, cayó en manos de los insurgentes, fueron aviones rusos los que tuvieron que intervenir para aplastar la rebelión por bombardeos. Según Mike Barry (entrevistado en *Le Nouvel Observateur* del 14 de enero de 1980), los pilotos afganos se negaron a bombardear la ciudad. En realidad, parecía que el ejército afgán era cada vez más incapaz de acabar con los movimientos de guerrillas, e incluso a lo mejor de encauzarlos.

Si el primer gesto del ejército ruso ha sido de liquidar a Amin y de reemplazarlo por Karmal, no es necesariamente porque el primero hubiera sido menos pro-ruso que el segundo. Y es aún menos sin duda porque se hubiera preparado a dirigirse hacia los USA. La influencia de la URSS sobre el régimen, hasta tal punto que puede enviar una fuerza militar de 80 000 hombres sin que reaccione verdaderamente, muestra que no se trataba para Amin de cambiar de

aliados, aunque lo hubiera soñado. Ha sido liquidado porque se reveló incapaz, pese o quizás a causa de una feroz dictadura personal, de mantener el orden y un Estado, y que su presencia al frente del país aceleraba la caída del régimen.

Karmal además, al llegar en los furgones del ejército ruso, ha empezado por anunciar cierto número de concesiones a los religiosos e incluso por liberar a numerosos prisioneros políticos que, según parece, no todos pertenecían a su tendencia. Los rusos estaban dispuestos pues a aceptar algunas concesiones en el plan interior, a flexibilizar el régimen a fin de intentar ampliar su base y consolidarlo, con tal que no se discuta el apego del régimen y los vínculos del país con la Unión Soviética.

Amenazado del interior por luchas de fracciones y del exterior por un levantamiento armado —sin que pueda decirse cual de estos dos peligros era el más importante en el inmediato, y en qué medida además reaccionaban el uno sobre el otro— el régimen se hallaba en una mala situación.

Ahora bien, si el régimen caiera y estuviera remplazado por el de los que se proclaman francamente anti-rusos, que se valían del Islam y se referían incluso a veces abiertamente, al Irán vecino y al ayatollah Jomeini, hubierase acabado una influencia rusa, tradicional desde decenas y reforzada considerablemente desde hace dos años.

Las tropas rusas han intervenido pues para impedir esta eventualidad. Los 80 000 hombres que ocupan hoy Afganistán están allí para garantizar la continuación de este país en la órbita rusa, y que un nuevo régimen nacionalista y anti-ruso no se instale en Kabul.

Tal eventualidad además, no

significaría solamente el fin de la influencia rusa en un país limítrofe, de gran importancia estratégica para la URSS también constituiría un ejemplo para las poblaciones musulmanas que componen algunas de las Repúblicas Soviéticas de Asia. No se sabe mucho sobre el verdadero estado de ánimo de esas poblaciones. Hay que tomar con prudencia las afirmaciones según las cuales reinaría cierta agitación nacionalista que se valdría del Islam. Son lanzadas regularmente por adversarios de la Unión Soviética que toman frecuentemente sus deseos por realidades. Pero las afirmaciones oficiales de la burocracia rusa según las que no existe ningún problema tampoco son dignas de confianza.

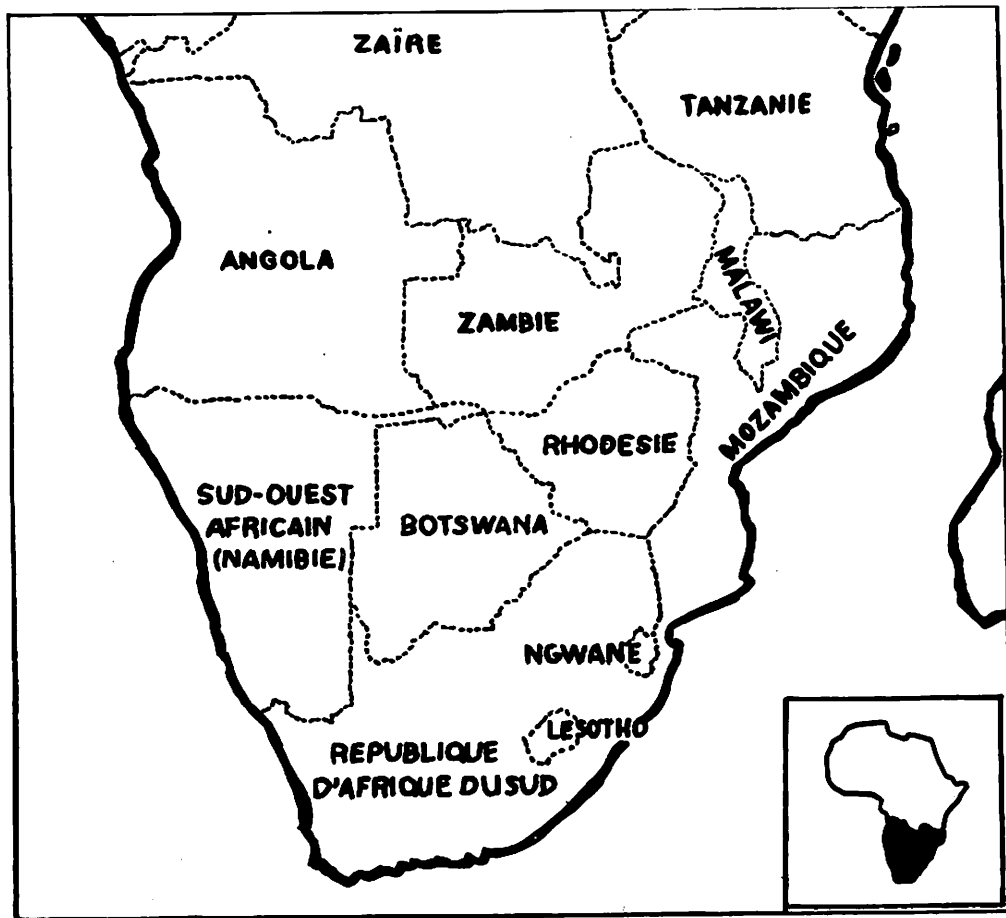
Un nuevo régimen islámico y anti-ruso en las fronteras de esas regiones, constituiría evidentemente un estímulo para todos los opositores que pudieran existir en esas poblaciones. Los 80 000 soldados del cuerpo expedicionario quizás no velen sólo sobre los afganos sino también sobre algunos pueblos de la Unión Soviética. Y la intervención sería un pretexto excelente, si fuera necesario, para también concentrar otras tropas, del otro lado de las fronteras, en medio de esas poblaciones musulmanas soviéticas.

En realidad, todos los motivos que la URSS podía tener para intervenir en Afganistán, se reducen a la necesidad de afirmar la presencia y la influencia rusa en un país fronterizo que es una marcha tradicional del imperio ruso. Eso no tiene nada que ver con la defensa de un régimen democrático —lo que el de Kabul no tiene nada— contra el asalto de la reacción feudal. Los guerrilleros musulmanes afganos quizás sean e incluso son sin duda reaccionarios. Pero Jomeini también lo es. Ello no ha impedido que encarne las aspira-



The Marchais-Brezhnev encounter in Moscow, on 8 January 1980.

El encuentro Marchais Brejnev en Moscú, el 8 de enero de 1980.



Southern Africa, a different fate in the decolonizing process.

África austral, un destino aparte en la descolonización.

ciones nacionalistas de su pueblo a desembarazarse de la opresión extranjera y de la dictadura que servía al mantenimiento de esta opresión.

UNA INTERVENCIÓN QUE NO PERJUDICA LOS INTERESES DEL IMPERIALISMO

Queda por saber por qué los Rusos han podido permitirse esta intervención.

Es la primera vez, en efecto, desde hace treinta y cinco años que las tropas rusas intervienen de esta manera. Desde la Segunda Guerra mundial sólo lo habían hecho en la zona considerada como reservada a la Unión Soviética, en Hungría y en Checoslovaquia. Fuera de esta zona, la URSS apoyó regímenes o movimientos enviando armas o incluso consejeros militares, como en algunos países de África o Asia, Egipto, Somalia, Etiopía o Yemen del Sur, por ejemplo. Fuera de esta zona, nunca había enviado un verdadero cuerpo expedicionario, nunca sus tropas habían ido así, directamente y sin disimulo, a ocupar un país.

Entonces, la cuestión se plantea de saber cómo los USA han podido aceptarlo, aceptar que la URSS extienda de esta manera su zona reservada.

En realidad no sólo a la URSS le hubiera molestado considerablemente que se instale un gobierno islámico en Afganistán.

La instalación de tal régimen en un país vecino hubiera sido también un refuerzo considerable para Irán, un refuerzo con consecuencias imprevisibles. Incluso si ese nuevo régimen no tuviera vínculos especiales con Jomeini, incluso si no se valdría explícitamente de él, incluso si se valdría de otra tendencia del

Islam. Bastaba con que fuera nacionalista e islámico, incluso si ese nacionalismo se opusiera ahí principalmente a los rusos y no a los norteamericanos, para que fuera objetivamente un refuerzo inmenso para Jomeini y los iraníes en su lucha contra los norteamericanos.

Por encima de todo, hubiera sido un refuerzo y un estímulo para todos los nacionalistas que, desde Indonesia y Pakistán hasta Marruecos y el Sahara, se valieran del Islam. Y semejante estímulo a todos ellos, incluso si creara también unas molestias a la URSS en el interior de sus fronteras, hubiera tenido de qué preocupar mucho más a los USA.

¿No ha bastado con la toma de rehenes en la embajada norteamericana de Teherán para suscitar unos cuantos hechos espectaculares a través del mundo musulmán, desde Islamabad en donde los estudiantes se apoderaron por un momento de la embajada norteamericana, hasta la Meca en donde rebeldes se instalaron en la Gran Mezquita?

En toda esta parte del mundo la situación es tan explosiva que el éxito de un movimiento nacionalista e islámico en alguna parte es inmediatamente un fomento para imitarlo en todas partes. Un éxito en un lugar, y resulta un riesgo mayor de «desestabilización», por emplear una palabra a la moda, en los otros. Entonces, varios éxitos sucesivos, Afganistán uniéndose a Irán, incluso si los dos regímenes están más ligados en el ánimo de los nacionalistas islámicos que en los hechos, y ya es fácil imaginar los riegos de explosiones nacionalistas en todo el mundo musulmán.

Y para los USA ni siquiera se trataba solamente del riesgo de ver estallar diferentes rebeliones nacionalistas. También era el riesgo de ver, precisamente por temor a esas

revueltas, a gobiernos vinculados al imperialismo tomar sus distancias con respecto a los Estados Unidos.

Así en Arabia Saudita, tras el episodio de la Mezquita, pese al fracaso de los opositores y el desencadenamiento de una feroz represión contra éstos, destinada evidentemente a helar de terror a todos aquellos que tuvieran la tentación de imitarlos, el gobierno pese a todo ha creído necesario dar unas muestras de independencia con respecto a los USA. Los dirigentes sauditas han juzgado así necesario protestar oficialmente contra la visita del secretario de Estado adjunto a la defensa norteamericana cuando éste vino el 17 de diciembre, a discutir de la posibilidad para los EE.UU de utilizar las bases e instalaciones militares en territorio saudita *«en caso de una crisis que necesitara el despliegue y la intervención de las tropas norteamericanas en el Próximo Oriente»*. Es decir hasta qué punto, incluso para los más fieles apoyos del imperialismo norteamericano, incluso para aquéllos que les han otorgado bases y que permanecen en el poder gracias a la protección de éstas, parece malo en estos momentos pregonar abiertamente esta alianza.

El motivo inmediato de todo esto es el ejemplo de Irán. ¿Qué hubiera ocurrido si a éste se le hubiera añadido el de Afganistán? Una victoria de un movimiento nacionalista islámico allí, incluso en detrimento inmediato de la URSS hubiera molestado también al imperialismo, y al imperialismo US en primer lugar.

Y precisamente por ello es porque los rusos se han permitido intervenir militarmente en ese país como lo han hecho.

A la vista de la situación estaban fundados a pensar que al intervenir en Afganistán para impedir el hundi-

miento del régimen pro-ruso en provecho de los guerrilleros, no desagradaban ni mucho menos a los USA; que en el fondo incluso les rendían un servicio; que éstos podían preferir hoy, en medio de la crisis con Irán, el mantenimiento de un régimen pro-ruso en Kabul, e incluso para ello la entrada del ejército ruso en la capital afgana, antes que la de los guerrilleros musulmanes.

En realidad, los gobernantes rusos podían pensar que los gobernantes norteamericanos, vociferarían, harían grandes declaraciones antirusas —todo ello es de buena lid diplomática— pero que no se moverían ya que también iba de su interés bien concebido, al menos por el momento.

Es exactamente lo que ha pasado.

Carter amenaza con el boicot de los Juegos Olímpicos, lo que es risible. Pone fin momentáneamente al envío de trigo, lo que sin duda es más enojoso para los dirigentes rusos. Pero eso es todo. Los rusos están en Kabul y los Norteamericanos lo aceptan.

Mejor aún, a guisa de prima en cierto modo para los USA, la intervención rusa vuelve menos tensas sus relaciones con el mundo musulmán e incluso con Irán. Para ese mundo musulmán el agresor ya no es sólo el imperialismo, sino también, prácticamente al mismo título, la Unión Soviética, que envía sus blindados y sus aviones para hacer entrar en las filas a un país del Islam. De esta manera, se asiste hoy a esa paradoja, mientras que la crisis de los rehenes está aún lejos de arreglarse, Washington se permite de darselas de defensor de «la integridad territorial» de Irán frente a la amenaza rusa.

No hay duda alguna de que en el inmediato, Washington debe estar

muy aliviado de no ser el único enemigo del mundo musulmán. Y con él muchos gobiernos de ese mundo musulmán que pueden intentar hacer olvidar a su pueblo su dependencia con respecto al imperialismo tomándose las verbalmente con Moscú.

Muy bien puede ser, que los dirigentes rusos hayan decidido la intervención en Afganistán al analizar la situación y al comprender que los USA sólo podían aceptar esta intervención en la medida en que también les servía.

Pero puede ser también que el acuerdo entre los dos grandes no sólo haya sido tácito sino también formal.

Ahora se sabe que fueron necesarios varios días para transportar a las decenas de millares de soldados del cuerpo expedicionario soviético y su material. Durante dos o tres días hubo un tráfico aéreo intenso entre la Unión Soviética y Kabul. (Eso dejaba toda latitud, digámoslo de paso, a Amin que aún era jefe de gobierno para alertar a los USA, si verdaderamente habría sido un agente de la CIA como lo pretenden ahora los soviéticos y Karmal.) Es imposible que los sistemas de vigilancia de los norteamericanos, a partir de los satélites o de las bases de toda especie, no hayan podido detectar esos movimientos de aviones y de tropas. Serían capaces de detectar la presencia de la menor división en cualquier frontera, y se vanaglorian de ello continuamente. Habían detectado recientemente aún la presencia de tropas rusas en la frontera iraní, ¿y movimientos de tropas mucho más importantes, y muy reales en cuanto a ellas, les habría pasado inadvertido? Porque las instalaciones no hubieran funcionado a causa de una avería, nos dicen. Curiosa y muy inoportuna avería... o demasiado oportuna. Si

los USA hubieran decidido cerrar los ojos, esperar que las tropas rusas se encuentren manos a la obra y Amin derrocado y fusilado, para no verse obligados a reaccionar y «estar reducidos» a protestar ante el hecho cumplido, no hubieran actuado de otra forma.

Por supuesto, no existe hoy ninguna prueba de que los rusos hayan advertido a los USA de sus intenciones en Afganistán y que en consecuencia sabían que éstos les dejarían toda latitud para actuar. Generalmente es necesario esperar decenas de años para conocer cómo en tal o cual conflicto las discusiones se proseguían entre adversarios, que sin embargo se libraban una guerra feroz y sin merced. Es sólo hoy, cuando los historiadores empiezan a conocer cómo, incluso durante las dos guerras mundiales, se proseguían discusiones entre los campos rivales y que a veces fueron concluidos acuerdos sobre tal o cual punto. Si entre los USA y la URSS, ha habido un acuerdo explícito a propósito de Afganistán en estas navidades del 79, sólo se sabrá más tarde, mucho más tarde, si es que nunca llega a saberse.

En todo caso, los hechos, la situación y la reacción de los norteamericanos, están ahí, para indicarnos que si las tropas rusas patrullan por Kabul, y se instalan en Afganistán, es porque corresponde al interés, hoy, tanto de los USA como de la URSS.

Así pues, es imposible ver en la intervención rusa una operación anti-imperialista. Sólo se trata de otro ejemplo de opresión de un pueblo, por la burocracia rusa, y un nuevo ejemplo de participación de esta última al mantenimiento del statu-quo mundial, los dos grandes repartiéndose los países del mundo en donde ejercen la policía.

¿RODESIA-ZIMBABWE AL MOMENTO DE QUÉ INDEPENDENCIA ?

Rodesia, que se sitúa en África austral, tenía el estatuto de colonia inglesa hasta 1965, cuando la minoría blanca rompió con la Corona Británica, prácticamente con el acuerdo tácito del gobierno inglés, más bien satisfecho de que el régimen racista de Salisbury sobreviviera fuera del Commonwealth, antes que tener que destruirlo.

Y desde entonces, los blancos de Rodesia, como sus vecinos de África del Sur, han seguido manteniendo sus privilegios, su dominación y la segregación racial contra la inmensa mayoría negra, privándola de las riquezas, las tierras, y de las menores libertades políticas y personales.

Según los acuerdos que acaban de concluirse en Londres, es este régimen el que tendría que acabarse.

Hoy, Ian Smith, jefe oficial u oficioso del gobierno desde 1964, acaba de aceptar firmar un acuerdo con el Frente Patriótico que une las organizaciones de la guerrilla nacionalista, la ZAPU, la Unión del Pueblo Africano de Zimbabwe (nombre africano de Rodesia) dirigida por N'Komo, y la ZANU, la Unión Nacional Africana de Zimbabwe dirigida por Mugabe.

Y si Ian Smith se vió obligado a aceptar un acuerdo con N'Komo y

Mugabe, lo que siempre rechazó durante las negociaciones anteriores, es porque cerca de diez años de guerra y de luchas llevadas a cabo por los guerrilleros, han obligado poco a poco al imperialismo y a los blancos rodesianos a admitir, apremiados y forzados, un compromiso.

UN DESTINO APARTE PARA LAS ANTIGUAS COLONIAS DE ÁFRICA AUSTRAL

Desde 1945 en el mundo, los países antiguamente colonizados han llegado casi todos, uno tras otro, hasta la independencia. Ante los disturbios y las rebeliones coloniales, las potencias tuvieron que resignarse, tras muchas vacilaciones y represiones, a una solución de «menor mal». En África, es a lo largo de los años sesenta cuando intentaron remplazar la tutela colonial por Estados negros, los más cooperantes posibles, a fin de preservar lo esencial de su dominación económica.

Pero quedaba un bloque que parecía tener que hacer excepción. Era África austral, compuesta por cinco países : por una parte Mozambique y Angola, dos colonias a las cuales la dictadura portuguesa se agarraba al

precio de una larga guerra. Y por otra parte África del Sur, Rodesia y Namibia (antigua colonia alemana puesta bajo mandato sudafricano desde 1919).

En África del Sur y en Rodesia, son las minorías blancas, cuyo modo de vivir acomodado resultaba del hecho colonial, las que decidieron rechazar la descolonización. Y pudieron hacerlo, a diferencia de otras colonias con fuerte minoría blanca a causa de condiciones geográficas y políticas particulares y de un medio ambiente que se lo permitió.

ÁFRICA DEL SUR : JEFE DE FILA DEL APARTHEID, Y GENDARME DEL IMPERIALISMO

En África del Sur, la población blanca es relativamente importante, aunque muy minoritaria. Los blancos hoy son 4 millones contra 18 millones de negros y 3 millones de mestizos y de indios. Sus vínculos con la Corona Británica eran bastante flojos, ya que habían logrado el estatuto de dominio, diferente del de colonia, al igual de Nueva-Zelanda o Canadá, a partir de 1910. Y con riquezas mineras entre las más importantes del mundo, podían esperar vivir largos años al optar por una vía separada.

La segregación ya ampliamente instalada en la época de Inglaterra fue codificada y perfeccionada por las importantes leyes sobre el Apartheid con la llegada al poder en 1948 del Partido Nacionalista, el partido de los afrikaners, que se proclamaban el partido de los descendientes de los primeros colonos. En el solo período de 1960 a 1978, se adoptaron 98 leyes racistas para reprimir los hechos más comunes de la vida diaria y obligar a la inmensa

mayoría negra a vivir aislada, en reservas y ghettos. Ni Gran Bretaña, ni las demás grandes potencias, encontraron algo que criticar a tal evolución, así como a la segregación institucionalizada. Cuando en 1961 África del Sur abandonó el Commonwealth, Gran Bretaña aceptó el hecho y continuó los fructuosos negocios que mantenía en ese país, y sin duda, la menor no era la importante cobertura en oro que garantizaba al banco de Inglaterra. El gobierno británico quería tratar con tino a tal banquero.

Y desde entonces, las potencias imperialistas, en particular el imperialismo norteamericano, nunca han dejado de apoyar el régimen racista instalado en Pretoria. Las cuantas protestaciones internacionales emitidas contra las giras de rugby de los Spring-boks, o incluso a propósito de la intervención del ejército sudafricano en Namibia para impedirle llegar hasta la independencia, sólo fueron gestos hipócritas pero nunca empañaron su buena armonía.

En efecto, es fundamental para el imperialismo que África del Sur quede en manos de un Estado blanco. Con la crisis mundial, los intereses del imperialismo y su determinación a guardar África del Sur en su seno, sólo pudieron ir reforzándose. Ya que África del Sur es el primer productor de oro y de diamantes del mundo, valores cada vez más rebuscados, mientras el segundo productor de oro es la Unión Soviética. El imperialismo no desea ver a África del Sur dirigida por un gobierno negro, que pudiera aprovechar de esas reservas excepcionales para hacer chantaje amenazando optar por el campo ruso. El ejemplo de los países productores de petróleo muestra que incluso regímenes muy vinculados al imperialismo no son exentos de las presiones del

Tercer Mundo. Entonces, el hecho que los blancos racistas sudafricanos, rodeados de Estados negros y que viven bajo la amenaza permanente de una rebelión, estén obligados a mantener su poder al precio de una dictadura de las más odiosas, les vuelve totalmente dependientes de sus buenas relaciones con las grandes potencias imperialistas. Las minas de oro y de diamantes del mundo imperialista están reservadas pues de cualquier codicia por un guardia cuya vida depende únicamente de la buena voluntad de estas potencias. Pues, es evidentemente con el acuerdo de las grandes potencias que el gobierno de Pretoria se ha orientado desde hace unos diez años, en su política radical del Apartheid que consiste en separar el país en dos : por un lado tenemos la mayor parte de África del Sur, con lo esencial de las tierras y casi todas las minas, que quedan en manos de los blancos, y por otro lado tenemos diez «homelands», zonas negras destinadas a una miserable independencia, futuros Estados negros pero pobres y dispersos en tantas parcelas como hoy hay reservas, y cuyo único porvenir sólo puede consistir en servir de abastecedores en mano de obra al Estado blanco.

RODESIA EN LA SOMBRA DE ÁFRICA DEL SUR

Rodesia ha buscado pues un apoyo, desde hace unos treinta años, acerca de África del Sur. Pero la minoría blanca es mucho más débil en Rodesia. Habiéndose mantenido a 400 000, sólo cuenta actualmente 250 000 blancos por seis millones de negros. Siendo colonia hasta 1965, la Rodesia de los blancos no podía esperar mantenerse sola sin el apoyo de Inglaterra y la

presencia de África del Sur al lado suyo. Sin duda la segregación no alcanzó el mismo refinamiento que en África del Sur, en donde los intelectuales blancos, sicólogos y sociólogos como Verwoerd, hicieron de ella un sistema muy elaborado.

Por ejemplo en Rodesia, ninguna ley prohibía oficialmente los hosteles mixtos y una minoría parlamentaria siguió prevista para los negros. Pero en los hechos, Rodesia les mantuvo en la misma miseria y la misma opresión, quitándoles todo poder político y sobre todo, cualquier posibilidad de mejorar su destino. Y para eso no se contentó de la selección por el dinero. En 1970, el gobierno de Salisbury adoptó una ley reservando sólo a los blancos la mitad de las tierras, las mejores sobre las mesetas templadas o de acceso más fácil, cerca de las grandes ciudades. Incluso se prohibió que compraran una finca los pequeños burgueses negros que lo hubieran podido.

Pero la mayoría negra no se quedó pasiva ante esta situación. Y finalmente el gobierno de Salisbury defendió los privilegios de los blancos mediante la horca y razzas contra las zonas negras sospechadas de infiltración de guerrilleros ; los privilegios en particular de unos 10 000 colonos parapetados en sus fincas como en fortalezas y que se agarraban tanto más duramente a su poder que éste les parecía amenazado.

Aprovechándose del ejemplo de África del Sur y del apoyo económico que ésta le concedió, Rodesia decidió romper con Londres en 1965. El gobierno inglés emitió para que no se diga unas protestaciones. Le pareció bueno fingir desolidarizarse del gobierno racista de Ian Smith por unos simulacros de sanciones, ante

la opinión pública mundial y sobre todo la de numerosos jefes de Estado africanos, recién llegados con la ola de descolonización a los organismos internacionales como la ONU y en el seno del Commonwealth. Éstos además se contentaron con ello. Londres anunció pues la expulsión de Rodesia de la zona libra-esterlina y el embargo de sus exportaciones, durante la conferencia del Commonwealth que tuvo lugar en Lagos en 1966. Se ratificaron estas sanciones en la ONU unos meses después. Pero no tenían como objetivo el que fueran seguidas de efecto.

El gobierno laborista entonces en sitio en Londres ordenó incluso a los funcionarios ingleses en Salisbury que se quedaran fielmente en su puesto, es decir que siguieran sirviendo al Estado de Rodesia sobre el cual Gran Bretaña siempre se había apoyado.

Y desde entonces la Rodesia de los blancos ha seguido viviendo como si nada, de su agricultura con una mano de obra negra casi gratuita. Pese al embargo hipócrita de Inglaterra, el tabaco y la carne producidos en las fincas ultra modernas que alcanzan a veces mil hectáreas, han seguido encontrando compradores en el mercado mundial. Y sobre todo, las riquezas mineras, el cromo, el amianto y el manganeso, han seguido atrayendo a multinacionales que, en cuanto a ellas, de todas maneras no estaban preocupadas por las sanciones internacionales. Las dos sociedades británicas, Lonrho y Rio Tinto, la sociedad norteamericana Union Carbide y sobre todo la potentísima Anglo-American Corporation del magnate sudafricano Oppenheimer, no dejaron de dominar la industria de extracción que hacía de Rodesia el segundo país industrial de África. La única parte

algo visible del embargo y que concernía las entregas de petróleo, también fue eludida abiertamente por la Shell, BP, Total, que siguieron entregando el conjunto de los productos petroleros que necesitaba Salisbury, por intermedio de sus filiales sudafricanas. Sin hablar de las entregas de armas en las que Francia se ha especializado. Y aún son ciento cincuenta helicópteros, bajo licencia sudafricana es verdad, que equipan hoy el ejército rodesiano en su lucha contra la guerrilla.

El imperialismo dejó en realidad a la minoría blanca la posibilidad de jugar su propia carta. No es que se haya sentido ligado a su destino y comprometido en cierto modo por un sentimiento de deuda a su respecto. Sino que ante la ausencia de disturbios y de un movimiento nacional fuerte y capaz de desquiciar el régimen segregacionista, nada lo empujaba a provocar la derrota de la minoría blanca.

UN RÉGIMEN CONDENADO POR LA GUERRA CIVIL

Pero esto iba a cambiar con el desarrollo de las organizaciones nacionalistas y sobre todo el ascenso de los conflictos en África en los años setenta. El imperialismo, molesto por una guerra civil que amenazaba la estabilidad en esa parte del mundo, disoció cada vez más abiertamente el caso de Rodesia y paralelamente el de Namibia del destino privilegiado que siguió haciéndole a África del Sur.

En Rodesia, los movimientos nacionalistas existían desde muchos años. Claro eran débiles y muy divididos antes siquiera de haber adquirido una audiencia en todo el país. A partir de 1963, una escisión en el

seno de la ZAPU dirigida por N'Komo había formado la ZANU con Mugabe y entonces el pastor Sithole. Mientras que un tercer movimiento, mucho más moderado, con el obispo Muzorewa, llevaba una existencia casi admitida por las autoridades en Salisbury. Pero a partir de 1966, violentas escaramuzas en Sinoa, en el norte del país, dieron mucho que hacer al ejército de Rodesia. Este ejército además, sólo consiguió contener a los movimientos nacionalistas cuando el ejército portugués mantuvo por su parte el orden sobre la más larga de sus fronteras, la de Mozambique.

La situación cambió totalmente en 1974 con el derrocamiento de la dictadura de Portugal y la independencia de sus colonias de Mozambique y de Angola. No sólo Rodesia se vio así rodeada de Estados negros, a parte los doscientos kilómetros de frontera común con África del Sur, sino que tendrá que contar con una resistencia nacionalista mayor, sobre la cual la victoria de los movimientos nacionalistas vecinos, el FRELINO en Mozambique y el MPLA en Angola, tuvo un efecto contagioso y que desarrolló rápidamente su influencia en el conjunto del país.

Y a penas dos años más tarde, estallaba como disparo de advertencia, esta vez en África del Sur, la rebelión negra de Soweto. Iniciada en junio de 1976, iba a ganar a los demás ghettos negros y resistir seis meses. Y es esta sucesión de los acontecimientos, que llamaba al orden al gobierno de Pretoria y al imperialismo, la que inducirá al gobierno Ian Smith de Rodesia a componer.

Claro, ni África del Sur ni el imperialismo anglo-americano quieren que Rodesia sea independiente y en manos de un gobierno negro. Ya que éste, a diferencia de los demás

países vecinos, es un país rico e industrializado. En efecto, éstos son simples enclaves como Lesotho o Ngwane, o países demasiado pobres para escapar a la tutela económica de África del Sur y que, como Zambia, Botswana e incluso Mozambique, están obligados de vivir de las exportaciones de cereales procedentes de Rodesia y África del Sur.

Sin embargo, la guerra civil en Rodesia amenazaba con extenderse como mancha de aceite y suscitar otras rebeliones, incluso en África del Sur. Y esto representaba un gran peligro no sólo para los dirigentes de este país, sino también para todo el mundo imperialista, dado el monopolio sobre el oro y el diamante —verdaderas, y cada vez más, únicas monedas internacionales— desempeñado por este país. Y el principal interesado a una negociación, ficticia o no, en Rodesia será a partir de entonces África del Sur misma.

El primer ministro sudafricano Vorster, comprometido en lo que él llama la política de «distensión», será el principal maestro de obras encargado de convencer a su homólogo Ian Smith de la necesidad de una solución de recambio en Rodesia. En esta ocasión, aceptará hacer unas excepciones al Apartheid, todas simbólicas por supuesto, como el recibir en Pretoria al embajador negro de Carter, Andrew Young o a unos jefes de Estado africanos, decretados para la ocasión blancos «honoris causa». Los mismos industriales blancos de Pretoria empezaron a mostrarse prudentes en lo tocante a sus inversiones en una Rodesia cada vez más agitada por la guerra.

A finales de 1974, después de una intervención del gobierno Vorster, Ian Smith había aceptado liberar a los dos líderes negros N'komo y

Sithole, encarcelados desde hacía más de catorce años. Sacados de prisión, participaron a una primera conferencia en Lusaka. Pero el gobierno Smith se negó entonces a ir más lejos.

En 1976, en la conferencia de Ginebra, aceptó el principio de «un hombre, un voto», y el plan Kissinger, que preveía la entrega de poderes a un gobierno negro en un plazo de dos años, lo que evidentemente sólo se hizo de manera formal.

Ya que para Ian Smith, esto iba a significar la búsqueda de un «acuerdo interno» que limitaría, si lo permitían los movimientos de guerrilla, la negociación a sólo los líderes negros moderados que adherieran a su política, el obispo Muzorewa, el pastor Sithole y el jefe Chirau. Y es así como las elecciones de abril de 1978 para las cuales la administración Smith movilizó a toda la población blanca armada, más setenta mil hombres, para velar que los negros fueran a votar y no siguieran la consigna de boicot lanzada por los movimientos de guerrilla, instauraron el primer gobierno negro encabezado por Muzorewa pero tras él Ian Smith ministro sin cartera, pero verdadero detentor del poder.

Seis meses pasaron y la relativa popularidad de la que beneficiaba Muzorewa, al igual que la mayoría negra de fachada del gobierno, no solucionaron nada. No sólo los blancos aún detenían todos los poderes —para esto se habían reservado un derecho de veto a la Asamblea—, sino que sobre todo, los negros no tenían nada que esperar de éste en cuanto a su situación social y su acceso a la tierra.

Como consecuencia de ello, la guerrilla no desarmó. Al contrario,

nunca fueron tan violentos los combates desde junio de 1979.

Entonces, Ian Smith se ha visto forzado a firmar un acuerdo con los dirigentes de la guerrilla.

Pero todos los problemas están lejos de verse solucionados por eso. Claro, los nacionalistas negros han impuesto su presencia en las negociaciones, han hecho admitir que un reglamento político debía contar con ellos. Y precisamente porque el ejército de Rodesia no podía acabar con su resistencia, el imperialismo y Ian Smith acabaron por negociar con ellos.

Pero queda por saber cómo los acuerdos permanecidos sin duda en gran parte secretos o voluntariamente muy vagos en Londres, se solucionarán en el terreno. Sin duda los dirigentes del Frente Patriótico hayan obtenido en Londres las garantías que estimaban indispensables a su regreso. Pero la mejor garantía aún sigue siendo hoy la fuerza de las armas y la movilización popular y no los compromisos formales que tomaron en Londres los diplomáticos ingleses y Ian Smith. Y el no haber juzgado conveniente dar a conocer el contenido de las negociaciones e informar las masas populares, que son sus verdaderos aliados, de las exigencias del imperialismo y de Ian Smith a lo largo mismo de las negociaciones, señala seguramente qué tipo de relación los dirigentes nacionalistas cuentan entretener con la población, pero también muestra su debilidad.

Por ejemplo, han declarado ponerse bajo el arbitraje y la protección de Lord Soames, y sólo se puede desear que no tengan que añorar de sólo haber contado con esta protección.

Los acuerdos anunciaron que los guerrilleros de regreso de

Mozambique y de Zambia debían dirigirse a unos quince campos que se les ha designado y que sólo en ellos podrían guardar las armas, mientras que por su parte el ejército de Rodesia también debía dirigirse a sus acantonamientos. En realidad, si no se puede saber la proporción real de guerrilleros que han aceptado dirigirse a esos campos, el ejército de Rodesia, en cuanto a él, sigue estando en primera fila. Y es a este ejército, todavía en manos de los blancos, compuesto al 50% de mercenarios y ayudado en el sur del país por tropas sudafricanas, al que acaba de invitar Lord Soames a que ayude a la policía en el mantenimiento del orden.

En cuanto a las elecciones, pueden, incluso si tienen lugar, ser la ocasión de enfrentamientos entre las diversas tendencias nacionalistas, ya que éstas están divididas, y se puede contar con los esfuerzos del imperialismo como sobre los de la minoría blanca para agudizar esas divisiones.

Entonces, los acuerdos de Londres pueden desembocar en la constitución de un Estado negro del Zimbabwe independiente, pero también pueden revelarse sólo ser una trampa sangrienta, en donde los campos de guerrilleros serían blancos privilegiados para una intervención militar.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : France	FF 5
Spain	ptas 80
USA	\$ 1.25

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : Ordinary : FF 50 Closedmail : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :

Ordinary : FF 60 Closedmail : FF 120

-By air :

Ordinary :

Europe, French speaking Africa,

Guadeloupe, Reunion, Guyane,

North-Africa FF 60

French Polynesia, New Caledonia,

Madagascar FF 70

All other countries FF 80

Closed mail, for all countries :

Apply to us to have the tariffs.